

HOMENAJE A NICÉFORO VRETAKOS

A diez años de la muerte de Nicéforo Vretakos (1911-1991), su poesía mantiene su vigencia y su originalidad. Cronológicamente ubicado en la “Generación de 1930”, ocupa un lugar especial entre los poetas llamados en Grecia “modernos”; es decir, aquellos que en esa década abrieron nuevos caminos a la expresión poética: Seferis, Elytis, Ritsos, Embirikos, Engonópulos, Gatsos. Vretakos es “el más clásico” entre ellos. Nacido en Plumitsa, Esparta, en 1911, estudió derecho en la Universidad de Atenas, sin llegar a dedicarse a tal disciplina. Tempranamente asimiló algunos procedimientos de la poesía moderna y muy luego se destacó su inquietud frente a los problemas sociales como una línea importante de su inspiración. Pero su posición crítica en lo social posee características especiales en su reflejo poético, rasgos derivados de una posición hondamente humanista. Sufrió las penalidades del exilio y otros sinsabores como consecuencia de su posición en pro de la justicia. Participó en la epopeya de la Resistencia durante la durísima ocupación nazi y mantuvo una posición de izquierda en la también dura época de la Guerra Civil. Sensibilidad humana, sentido de la justicia y la solidaridad, serenidad en el dolor, ternura, amor a los hombres y a la naturaleza, constante presencia de la luz, equilibrio más interior que formal, son las notas más sobresalientes de su lirismo. Fue también un serio estudioso de la literatura neogriega. Entre sus numerosos artículos y estudios críticos, recordamos el extenso volumen dedicado a *Kazantzakis* y su agonía.

Es muy vasta la producción poética de Vretakos. Mencionamos aquí algunos de sus poemarios: *Bajos sombras y luces* (1929), *Descendiendo al silencio* (1933), *Las muecas del hombre* (1935), *La guerra* (contra la declaración de guerra de Italia a Abisinia, 1935), *La epístola del cisne* (1937), *Sinfonía heroica* (1944) *El libro de Margarita* (1949), *Dos hombres hablan sobre la paz del mundo* (1949), *Plúmitsa* (1952), *El Táigeto y el silencio* (1949), *El tiempo y el río* (1957) *El fondo del mundo* (1960), *Autobiografía* (1961), *Oda al sol* (1974), *Protesta* (1974), *Girasol vespertino* (1976), *Donación pendiente* (1986), *La filosofía de las flores* (1988), *Coro* (1988), *El carro de oro* (2000, publicación póstuma). Póstumamente también, se editó una crónica autobiográfica, prosa, titulada *Dolor*.

Poemas de Nicéforo Vretakos

Choza

Levanto para ti una choza, por los siglos de los siglos,
un jardín donde puedas pasear, un arroyo donde te mires,
un ancho cerco verde para protegerte del viento
que atormenta a los desnudos - ¡por los siglos de los siglos!
Levanto tu imagen en todas las colinas,
para que el ocaso adorne tu vestido con dos rosas,
que se incline el sol frente a ti y que nunca se ponga,
que desciendan los pájaros a beber en las palmas de tus manos
el agua de mis ojos de niño - ¡por los siglos de los siglos!

Si no me dieras la poesía, Señor

Si no me dieras la poesía, Señor,
no tendría nada para vivir.
Estos campos no serían míos.
Mientras ahora me regocijan los manzanos,
Brotan ramas de mis piedras,
se llenan mis palmas de sol,
mi soledad, de multitudes,
mis jardines de ruiseñores.
¿Y Tú qué opinas? ¿Has visto
mis trigales, Señor? ¿Has visto mis viñedos?
¿Has visto la hermosa luz sobre
mis valles serenos?
¡Y aún tengo tiempo!
No desbrocé toda mi era, Señor.
El dolor me labra y mi finca aumenta.
Como pan repartido despilfarro mi risa.
Pero
no derrocho tu sol en vano.
No tiro ni una migaja de aquello que me das.
Porque pienso en la soledad y en el torrente del invierno.

Porque arribará mi noche. Porque en cualquier momento llega
mi noche, Señor, y debo
levantar, antes de partir, mi choza como un templo
para los pastores del amor.

Traducciones Nina Anghelidis

En la piedra más dura

Me esfuerzo por grabar, para
todos los días de nuestro mundo
sobre la piedra más dura
que el tiempo, la esencia
del sol que en mí
cayó: el Amor.

Plúmitsa

Amada tierra,
que me adornaste con estrellas
y con virtudes, me cargaste con arroyuelos
para que den al mundo testimonio del amor
cantando siempre. Amada tierra
¿no ves
que ya desde mis años de niño
por mi agitada sangre corren
los lirios silvestres que tú perfumabas?
Me marchó. Me voy de prisa pues pasaron
los años y he comenzado a apresurarme
como el viento
sobre las cumbres del mundo...
¡Te dejo todo aquí! Sí, aquí,
los restos de Margarita te he dejado.
La vestí, la adorné...
-novia, estrella y nardo agostado-,
no me la regañes tú, ¡no me la asustes
con tus nubes salvajes!
¡Si apenas la sentirás! Más liviana todavía

Homenaje a Nicéforo Vretakos

que una hierbecilla tuya acá en la altura,
como una flor de laurel rosa
pesará lo que la luz del sol.

Te deajo

hasta mis vanas invocaciones al astro,
te deajo los movimientos de mis manos
que te llamaban amor.
Abandono mis años perdidos...

He venido a enterrar

Toda mi vanidad. Todas las flores
que adornaron el rostro ensangrentado
de una niña.

Plegaria de los sin techo

Madre de Cristo, María,
Dios no puede comprender
cuán fría es esta noche.
Baja Tú desde los cielos
y con fanales encendidos
guía la barca de la muerte.

Mil veces esta noche lo han llamado,
pero no escucha. En alguna parte se durmió
también Él, helado, en las inmensidades.
Rompiéronse las teleras de la bóveda,
y todo el cosmos, como un cuerpo,
tiritó envuelto en nubes.

¿Alguien te pidió acaso
rosas para adornarlo,
alguien mirra para rociarlo, María?
Lleva nuestra alma desnuda

desde esta noche helada
hasta tu tienda celestial.
Y si por tu magna gracia
nos acoge tu ciudad divina,

inclinados en las confines de tus atardeceres,
cuando se apague el sol regaremos,
en silencio, con lágrimas,
los mares de tus flores.

Retorno

Con desgarramiento conteniendo mi apesarado corazón,
encontré mi casa paterna mirando entre el follaje,
como otrora, el ocaso del sol.
Rápida corre mi madre a encender el fuego.
Pero mientras brotan por la puerta sus dulces destellos,
Con desgarramiento conteniendo mi apesarado corazón,
no entro. Me siento afuera y me pongo a llorar.

Canto al hombre de mi tierra

¡No me descubras!
Y sobre todo, no les digas
que me dejó la esperanza.

Cuando contemples el Táigüeto,
anota las quebradas que pasé.
Y las cumbres que pisé.
Y las estrellas que vi.
Háblales de mí.
Háblales de mis lágrimas.
Y diles que aún insisto
en que el mundo es hermoso.

Traducciones M. Castillo Didier

Sin ti no encontrarían

Sin ti no encontrarían
agua las palomas.

Sin ti Dios no encendería
la luz en sus fuentes.

El manzano esparce en el aire
sus flores; en tu delantal
traes agua del cielo
y sobre ti luces de espigas

luna de gorriones.

Elegía sobre la tumba de un pequeño luchador

Sobre la tierra decimos nuestros nombres.
Sobre la tierra trazamos nuestros jardines y ciudades.
Sobre la tierra estamos. Tenemos patria.

He guardado en mi interior tu fusilamiento.
Gira dentro de mí el sonido envenenado de la ametralladora.
Recuerdo que se abrió tu corazón y vienen a mi cerebro
rosas de cien pétalos
que parecen una conversación del infinito con el hombre.
Así nos habló tu corazón.
Y vimos que es más grande el mundo
y se hizo más grande para que quepa el amor.
Tú primer juguete, tú.
Tu primer caballito, tú.

Jugabas a la luz. Jugabas a Cristo.
Jugabas a San Jorge y a Diyenís.
Jugabas a las agujas del reloj que descendían a la medianoche.
Jugabas a la voz de la esperanza en donde no había voz.
La plaza estaba desierta. La patria había huido.

¡Era el momento! ¡Tu corazón no soportaba más!
¡Oír bajo tu techo los truenos humanos de Europa!
Encendiste bajo tu chaqueta la primera linterna.
¡Corazón de los corazones! Pensaste en el sol y avanzaste...
¡Subiste a la acera y jugaste a ser Hombre!

Traducciones José Antonio Moreno Jurado